

Reflexión para el Día de las Fundadoras

28 de abril, 2018

Permanezcan en mí, así como Yo en Ustedes

Hoy, nosotras las Hermanas Escolares de San Francisco en todo el mundo, celebramos y agradecemos a Dios por nuestra Congregación. Esta eucaristía es nuestro agradecimiento compartido por haber sido llamadas a esta Congregación y por todas las bendiciones que hemos recibido durante 144 años de existencia en esta tierra. Especialmente honramos la memoria y el legado de nuestras fundadoras— su valor y su fidelidad. Oramos para que siempre encontremos alegría y fortaleza en nuestra unión como Hermanas y que permanezcamos fieles al carisma y la misión confiada a nosotras. Nuestras Madres Alexia, Alfons y Hermana Clara, tal vez no sean visibles a nuestros ojos terrenales, pero tan seguras como estamos reunidas aquí hoy, ellas están presentes espiritualmente entre nosotras, acompañadas por miles de nuestras Hermanas que han cruzado el umbral a la eternidad.

Esta tarde quiero reflexionar sobre la lectura del Evangelio de Juan para el quinto domingo de Pascua. El contexto en el que se desarrolla la historia es el de la última cena de Jesús con sus discípulos más cercanos, reunidos con él para celebrar la fiesta de Pascua. Jesús debe haber sentido una fuerte premonición de peligro inminente. Con sentido de urgencia él expone su corazón y su alma en una serie de discursos largos y emotivos ante sus discípulos. Hasta el final fue siempre su maestro, inculcándoles— no desde la razón sino desde la profundidad de su corazón. Aprovechando el poco tiempo que quedaba, quiso enseñarles lo más importante para prepararlos para que encontraran su camino y la forma de continuar adelante sin él a su lado.

En la lectura del Evangelio, Jesús se identifica como la Vid Verdadera y a su Padre como el Viñador. El hace una afirmación clara e inequívoca: *No soy una vid cualquiera, pero la Verdadera Vid, la clase de vid genuina y confiable*. Refiriéndose a su Padre como el viñador, Jesús explica que el trabajo esencial del Padre es podar todas las ramas y tallos que no dan fruto. Al hacerlo, el Padre permite a la vid dirigir su energía vital hacia nuevas ramas que producirán hojas y fruto abundante.

No sé para ustedes, pero para mí, cuando una lectura del Evangelio es tan familiar, mis oídos no escuchan con la debida atención. Tal vez sucede lo mismo a algunas de ustedes. Pensé entonces en leer en voz alta lo que Jesús dice en el Evangelio, pero en otra versión—para ayudarnos a reconfigurar nuestro modo de escuchar, porque Jesús realmente quiere que este mensaje entre en nuestros corazones.

"Yo soy la vid, ustedes son las ramas. Cuando ustedes están unidas a mí y yo con ustedes, la relación íntima y orgánica asegura una cosecha abundante. Separadas de mí, no pueden producir nada. Cualquiera que se separe de mí es madera muerta, que se recoge y se tira en la hoguera. Pero si ustedes se sienten como en su hogar conmigo y mis palabras encuentran hogar en ustedes, pueden estar seguras de que lo que piden será escuchado y será un hecho. Así es como mi Padre muestra quién es—**cuando ustedes producen uvas, cuando maduran**

como mis discípulos.... Les he dicho esto con un propósito: que mi gozo pueda ser su gozo en completa madurez." *

No sé qué escuchen ustedes, pero yo oigo a Jesús anhelando una verdadera relación con nosotras. En esa época y hoy, Jesús repite este anhelo como un mantra: **"permanezcan en mí, así como yo permanezco en ustedes."**

Como Hermanas Escolares de San Francisco, acogemos la Regla de la Tercera Orden de San Francisco, que nos exhorta a ser **"habitación y morada para Dios** --Padre, Hijo y Espíritu—de manera que crezcamos en el amor universal con corazones indivisos, convirtiéndonos continuamente a Dios y al prójimo." ** Nuestras fundadoras eran mujeres que hicieron su hogar y lugar de morada en el corazón de Dios. Ellas **permanecieron** firmes en su unión con la Vid Verdadera. Así lo hicieron a través de buenos tiempos y en las dificultades. Lo más importante, nunca se negaron a la poda necesaria que Dios realizó en cada una de sus vidas, para que ellas y sus Hermanas crecieran y florecieran.

Cuando llegaron por primera vez a los Estados Unidos como inmigrantes en 1874, Alexia, Alfons y Clara no hablaban inglés. Eran completamente nuevas en la cultura americana. No tenía una idea clara de donde irían o lo que iban a hacer. Ellas dependieron completamente en la Divina Providencia y le confiaron su cuidado y dirección. Oraron fuertemente y por largas horas. No les avergonzaba pedirle a Dios lo que necesitaban, o arriesgarse confiando en que Dios siempre les mostraría el camino. ¡Qué ejemplo tenemos en nuestras fundadoras! Alcanzaron grandes logros, para todas las que les siguen y es una gran responsabilidad que debemos emular.

Vemos a Madre Alexia como nuestra fundadora principal. Mujer con un fuerte y claro sentido de misión, formada por una conciencia aguda de lo que estaba sucediendo en el mundo a su alrededor. A través de la escucha profunda y el discernimiento descubrió lo que Dios quería de ella. Tenía una firme convicción de que las necesidades de los tiempos eran la voluntad de Dios para la Congregación que ella fundó.

Adoptamos las palabras de Madre Alexia como nuestra declaración de carisma: "Las necesidades de los tiempos son la voluntad de Dios para nosotras." Este carisma funciona como la Vid que lleva y sostiene la vida, canalizando el flujo esencial de energía y la dirección de la manera en que debemos permanecer fieles al llamado de Dios y a su propósito. Si perdemos la conexión con nuestro carisma, perderemos nuestro camino en la misión. Únicamente aferrándonos a este, como se aferran las ramas a la vid, tenemos el poder para responder a las necesidades del pueblo de Dios, especialmente de las personas cuyas vidas y bienestar están más en riesgo.

Imagínense por un momento que Madre Alexia hubiese estado presente con nosotras en nuestra reciente Asamblea General en la India. Ella habría agitado nuestra pasión para reconocer las necesidades urgentes del mundo de hoy. Ella habría insistido en nuestro discernimiento comunal y en oración para encontrar hoy la voluntad de Dios para nosotras,

dado el sufrimiento de las personas en el mundo y de la tierra misma. Ella habría aplaudido el llamado a ser más profundamente interculturales en nuestra vida y misión, dado el sueño de su vida de lograr una Congregación mundial.

Conociendo lo difícil de ese llamado, ella nos habría recordado que, sin importar que ancianas o jóvenes seamos, todavía podemos llegar a "otros" por medio de la bondad dondequiera que estemos. En nuestro mundo globalizado hay gente de diferentes razas, culturas e idiomas y personas que están solas o que son "diferentes" con quienes podemos interactuar cada día. Madre Alexia nos habría recordado cuán necesario es para nuestros miembros jóvenes el apoyo, las oraciones y la dirección de nuestros miembros mayores. Ellas necesitan nuestra ayuda para prepararse para responder a las necesidades nuevas y urgentes con toda su energía juvenil y creatividad. Sobre todo, necesitan el testimonio de nuestras vidas. Con el Papa Francisco, Madre Alexia nos habría dirigido a asumir los riesgos que conlleva ir a los márgenes, donde quiera que el pueblo de Dios está adolorido y con más necesidad de nuestra ayuda.

Así que, queridas Hermanas, las dejo con esta pregunta: ¿Cómo cada una de nosotras seguirá haciendo visible en nuestras vidas el amor que tenemos por nuestra Congregación y por nuestro carisma? — los regalos más preciados de Dios para nosotras. ¿Que nuestra eucaristía de esta noche sea una celebración alegre de gratitud! Que sea también una oportunidad de gracia para volver a conectarnos con nuestro espíritu fundacional, para aferrarnos a la visión de nuestras fundadoras y para comprometernos nuevamente con el carisma confiado a nosotras como Hermanas y, por extensión, confiado a todos nuestros Asociados, benefactores y compañeros en misión, quienes generosamente se han unido a nosotras para llevar la misión hacia adelante.

¡Para cada una de ustedes y para todos, un feliz día de las fundadoras! Y un agradecimiento sincero a usted, Padre Chuck por presidir nuestra liturgia. Que Dios nos bendiga y nos guarde. Que el Santo nos otorgue misericordia. Que el rostro del amor brille sobre nosotras y nos dé paz. Amén.

* tomado de El mensaje: la Biblia en el lenguaje contemporáneo, por Eugene H. Peterson, 2002.

* * de La Regla Franciscana de la Tercera Orden, Capítulo 2, Número 8.